

Documentos

Principios filosóficos del arte de América*

Manuel Toussaint

Universidad Nacional Autónoma de México

Cuando estudiamos detenidamente los productos que el arte nos ha concedido en el Nuevo Mundo, muchas ideas encontradas surgen en nuestro espíritu. ¿Es posible, pensamos, que todas estas creaciones puedan ser explicadas desde un punto de vista filosófico con las teorías que acerca del arte han surgido en el Mundo?

Debe notarse que el arte de América abarca desde el primer brote, colindante casi con el arte prehistórico, hasta las manifestaciones más recientes y más audaces del arte contemporáneo. ¿Podría alguien crear un común denominador filosófico que abarcase y esclareciese satisfactoriamente todos esos fenómenos?

Se puede, claro, elaborar teorías en que se estudia el fenómeno artístico desde un punto de vista subjetivo que es lo que se llama Estética: lo que cada escritor cree que es el fenómeno llamado arte, la emoción artística, el gozo o el dolor o la indiferencia ante una obra de arte. Sus conclusiones son ideas generales y casi siempre para uso del autor.

Para quienes trabajamos en forma íntima con la obra de arte, esas teorías no son de gran importancia. Nosotros estudiamos el producto y de él sacamos las consecuencias espirituales. Es decir, que cada obra, cada autor, cada época, requiere una Estética especial. Podrá también ser para uso nuestro y de quienes nos sigan, pero eso no implica una generalización vaga, sino categorías precisas de obras juzgadas en concreto.

Así, como caso ilustrativo, podemos afirmar que, contrariamente a lo que escriben los autores de *Estéticas*, nuestro criterio acerca de la obra de arte no depende exclusivamente del criterio de *Belleza*, clásico, que ellos propugnan. Siguiendo ese criterio quedarían fuera del arte obras de las máspreciadas que han surgido de los pueblos de América. Las máspreciadas, agrego, pues las que siguen esa modalidad clasicista no son sino copias un tanto débiles del arte europeo.

I

El arte de América Latina comprende tres épocas que no pueden ser aquilatadas con el mismo cartabón: el arte indígena, el arte hispánico y el arte nacional, o de las nacionalidades que forman el continente después de su independencia de España.

El arte indígena es sin duda el más valioso por su originalidad y su garra que lo empareja con las grandes manifestaciones artísticas de la humanidad: Grecia, China, Egipto, la India. No podemos crear una filosofía adecuada para dicho arte, pues, ignorando los móviles espirituales a que obedecían los artistas, sólo nos es posible proyectar nuestra propia sensibilidad de occidentales y juzgar de la obra como si fuese creación contemporánea. No sabemos siquiera si esos hombres poseían un concepto de lo que nosotros llamamos arte y sólo, comparando sus grandes creaciones y el fin a que estaban destinadas, podemos suponer que el arte indígena era ante todo religioso, que su ideal de belleza como alma del arte estaba relacionado no con formas extensas de armonía y proporción y agrado como en los clásicos, sino con lo terrífico, espantable, trágico, de divinidades crueles que se imponían al hombre por el temor. A par de ese móvil surgen apreciaciones no ya de fondo, sino de forma para exaltar la perfección técnica de sus creaciones; su sentido de realismo en algunas esculturas que parecen menos inhumanas o aun obras creadas al margen del arte para las más sanguinarias como en los aztecas.

La arquitectura nos muestra, en primer término, los grandes conjuntos constructivos, las ciudades sagradas o fortificadas y, sobre todo, la manifestación suprema, el santuario, la pirámide, en la zona de Mesoamérica. No son sepulcros como en Egipto, sino santuarios. El hombre arcaico escoge una pequeña montaña para su divinidad: los posteriores edifican, a mano, montañas geométricas para sus dioses. Su ciencia astronómica les permite orientarlas para complacer a aquellos dioses que, en el firmamento, aparecen como astros.

La escultura es la manifestación artística más vigorosa del indio americano. Desde los que sólo saben transmitirnos su emoción en basalto como los hombres de Tiahuanacu, Tula, Teotihuacán y Anáhuac; aquellos que nos legan suaves esculturas en caliza, voluptuosos relieves –mayas y a sus afines– hasta los que, en un refinamiento supremo, hacen de un arte menor, la cerámica, una manifestación escultórica. Hablo de los tarascos de México, de los incaicos del Perú.

La pintura es didáctica y decorativa. Produce libros rituales y cronográficos y cubre los muros de los santuarios con estupendas escenas naturalistas o insuperables procesiones litúrgicas, como en Bonampak, último grandioso descubrimiento pictórico de México.

Dentro de lo que hoy abarca nuestro concepto del arte, los productos llamados de artes menores en estos pueblos alcanzan inusitada importancia porque, no necesitando explicación de causa o de origen, son apreciados por sus cualidades de técnica de destreza, de composición, de habilidad imaginativa, de gusto, aun dentro de un concepto europeo.

II

Designo con el nombre de arte hispánico al que se ha conocido por colonial. Si bien es cierto que florece cuando los diversos países de América son colonias de España y Portugal, es solamente el arte el que se aparta de tal

servidumbre. Quiero decir que el arte que florece en América, de la conquista a la independencia, no es una simple colonia del arte español. ¡Pobres de nosotros si tal fuera! Así alcanzase la mayor perfección técnica no sería sino una débil réplica, carente de personalidad, de algo que ha alcanzado excelsitudes imponderables. ¡Veinte provincias más en que florece el arte español degenerado! Tal sería, tal es el concepto que sustentan no pocos escritores de España y bastantes de América –sobre todo de América del Sur– que prefieren una buena copia a un original no tan bueno como el de la copia, pero lleno de sugerencias, de problemas y aun – ¿por qué no?– de exotismo.

Oponiéndose en forma agresiva a este concepto europeizante aparece otro, el que yo llamaría de los “indigenistas.” Para ellos sólo es válida, durante la dominación española, la obra de arte en que aparece una supervivencia indígena o una enorme influencia aborígen. Ellos sostienen que, fuera de esas obras de arte, las creadas por artífices europeos pueden ser calificadas de extranjeras en América.

Obvio parece afirmar que ambas tendencias radicales son falsas. Son falsas porque no se apoyan en la realidad histórica, comprobada no sólo en documentos escritos, sino en las mismas obras de arte. Aquí, como en otros casos, se ha escrito del arte sin hacer caso de los propios productos del arte.

Quienes buscan sólo el reflejo de España en el arte de América, más que glorificarla la ofenden, pues suponen un afán destructor en los conquistadores que aniquila hasta el hálito más sutil del alma indígena. Olvidan a Fr. Pedro de Gante que funda el primer colegio de arte en América para indios, cuyas obras, de índole europea, seguían siendo indígenas en espíritu.

Los que sólo desean la supervivencia indígena no se dan cuenta de que estos nuevos países se han asimilado a la cultura europea. Todo cambia: las instituciones de gobierno, la religión, el idioma, las costumbres, el concepto mismo de la vida. En aquellos países como México en que subsisten enormes

conjuntos indígenas, éstos se adaptan, bien que mal, a las nuevas instituciones. Siguen conservando, como hasta en la actualidad, con pequeños cambios, su vida y sus hábitos, mas todo aquello que constituía su existencia espiritual desaparece. Se adaptan –¿quién no?– a su nueva situación y colaboran, de grado o por fuerza, con los conquistadores en forjar la personalidad del nuevo país. Puedo afirmar que para México una de las mayores creaciones de arte en esta época, los monasterios del siglo XVI, fue obra de indios dirigidos por españoles.

Si bien esos monumentos son de índole europea –medieval– cuando el artista aborígen puede perpetuar su raza o su modalidad artística lo logra, sin que se lo impida nadie. Me refiero a las esculturas o decoraciones en piedra o en materiales indígenas, que subsisten del siglo XVI, así en México como en el Perú o en Bolivia.

Existió, pues, un entendimiento tácito entre Europa y América en estos tiempos primitivos. De ese entendimiento surgió y se desarrolló con el tiempo el llamado arte colonial que prefiero designar, como he dicho, arte hispánico en América.

El desarrollo del arte hispánico en América viene a demostrar mi tesis. Puede palpase, no sin emoción, cómo cada país va adquiriendo una personalidad artística que lo va diferenciando no sólo de España, sino de sus mismos hermanos. Así, la primera época es de adaptación y corresponde a la conquista; la segunda, ya dominados y pacificados los territorios, se expresa en un florecimiento renacentista que, si no alcanza los esplendores de Europa, nos deja ejemplares admirables. Más tarde surge América como entidad étnica por los descendientes de españoles nacidos en el nuevo continente. Son españoles, pero de América. Su arte, el barroco, ha de concederles no sólo personalidad inconfundible sino el derecho de figurar en el mundo con un arte suyo, surgido de Europa pero teñido con matices diversos y originales. ¡Qué esplendor, qué maravilla, qué asombro, ofrece este barroco americano! Lo han reconocido así críticos de todo el mundo. ¡Y hasta casos se han dado en que este barroco americano ejerce influencia sobre la madre patria!

Las ideas racionalistas del siglo XVIII, su criterio de arte neoclásico, influyen sobre América como en el mundo entero y América responde al unísono. Todos los países se sujetan a este criterio que en su racionalismo trae aparejadas las ideas de independencia y así concluye esta época: arte neoclásico y, poco tiempo después, independencia política.

III

La tercera época, o sea la que corresponde a los países de América como entidades libres, comprende dos períodos vigorosamente marcados: el siglo XIX y lo que va corrido del XX. Si políticamente América logró su autonomía, ni en el campo del pensamiento ni en el del arte alcanza tanpreciado galardón. Todo el siglo XIX es un siglo de imitación francesa. La razón es clara: Francia había proporcionado en sus filósofos la justificación de los derechos del hombre, mas también las bases del arte académico. Y he aquí que presenciamos un contrasentido histórico, si se me permite la expresión: en arte se reniega de España, del barroco libérrimo de América, para someterse dócilmente al arte académico francés, arte esclavizado, arte de reglas, en tanto que se proclamaban a los cuatro vientos las libertades políticas del hombre.

Toda la arquitectura americana del siglo XIX es de origen francés. Menos mal cuando no son destruidos los viejos monumentos barrocos, ya en épocas posteriores, para sustituirlos por palacetes, iglesias o edificios públicos a la última moda. Pensándolo bien, el mal era inevitable y no puede culparse a nadie. El ejemplo de la ciudad de México, a mi alcance, creo que puede aplicarse a todas las poblaciones importantes de América que se encontraban en el mismo caso. La urbe se desarrolla moderadamente en extensión durante el siglo XIX, no así en población; un gobierno rico que pretende ser patriarcal es dueño de la situación: un imperativo para sus relaciones internacionales, para su prestancia, para los visitantes foráneos, radica en la modernización, símbolo del Progreso. Lo mismo acontece con las demás expresiones del arte: pintura y escultura, ya que no existen otras. Son profundamente académicas. Lo seguirán siendo en lo sucesivo en determinados países americanos que no aceptan una renovación en arte.

Para gloria de América, del continente, existen países que no sólo admiten la renovación del criterio artístico, sino que marcan su huella en el campo de la historia del arte con impronta indeleble. Me refiero a México, mi propio país. No pretendo, desde luego, una categoría primordial para México, porque considero que su obra está por encima de las fronteras: es la obra de América que debe enorgullecernos a propios y extraños.

He aquí que, sin sentirlo, nos hemos colocado en el último, nuestro, período del arte americano. Arte libérrimo, que ha conocido todas las experiencias del arte mundial, expresa, sólo como los viejos artífices anteriores al descubrimiento, las inquietudes, los anhelos, las esperanzas de un mundo nuevo. Si este mundo surgió, por la generosidad de España a mediados del siglo XVII, ahora, en plenitud de conciencia, de conciencia artística sobre todo, se puede enfrentar con personalidad propia a cualquier otra manifestación artística en el mundo. América existe. Existe en el arte y en la vida, como una realidad indiscutible e indiscutida.

Notas

* Trabajo presentado al I Congreso Nacional de Filosofía; Cfr. *Actas...*, Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza, t. III, pp. 1547 ss.